La vida es una sucesión de experiencias que nuestros recuerdos transforman en aromas, sabores, colores, sensaciones y emociones.

En las historias -de ficción y de vida- de este libro, hay un puente entre el pasado y el presente. Cruzarlo es volver en el tiempo, pero también es recibir el legado que forma parte de nuestra herencia cultural.

Manfrey

José Ingenieros
BIBLIOTECA POPULAR

ASOCIACION MUTUAL
9 DE JULIO OLIMPICO - FREYRE

CENTRO DE JUBILADOS
Y PENSIONADOS DE FREYRE



RELATOS | Taller de escritura creativa

Relatos

Taller de escritura creativa




Relatos
Taller de escritura creativa

RELATOS

Taller de escritura creativa

Autoras

Zulema Biolatto
Gloria Bocco
Petrona Bustos
Dominga Gallo
Lea Bogliotti
Oldina Falco
María Ángela Pèrez
Elvira Sena

Coordinación

Elizabeth Munighini

Diseño editorial e ilustración

Lucía Raciti

Proyecto ideado por Manfrey y desarrollado con la colaboración y adhesión del Centro de Jubilados y Pensionados de Freyre y la Biblioteca Popular José Ingenieros, bajo el auspicio de la Mutual 9 de Julio Olímpico.

ÍNDICE

Introducción 5
Hoy siento deseos de agradecer a... 6

CAPÍTULO I
Los invitamos a jugar

¡A jugar! 10
¿Era poco? ¿Era mucho? ¡era todo lo que nos hacía felices! 12
Vamos a jugar 16
Los juegos de mi niñez 22
Juegos de nuestra infancia 26
Jugando en el recuerdo 29
Juegos 32
¡Volví a jugar! 34

CAPÍTULO II
Los sabores de la familia

Sabores familiares 38
Momentos inolvidables 40
Conservando costumbres y sabores 42

Hoy hablamos de las comidas 44
Nuestra vida templada en la cocina 46
Para una buena comida, un condimento especial: los recuerdos 50
La batata de mi madre 54
Recuerdos, aromas y comidas 58

CAPÍTULO III
Bienvenidos a la ronda

Por casualidad 64
Mis amigos los pájaros 66
Lo encontré por casualidad... casi me estaba olvidando que lo buscaba 69
El perro de Mario 71
Recuerdos 73
Tía Catalina 74
Ahí estaban, como siempre... 78
¡Qué escándalo! 80
Odisea 82
Reminiscencias escolares 84
Aprendizajes 87
La sirena de Manfrey 90

Introducción

Taller de escritura creativa

Durante los meses de junio, julio y agosto de 2020, un grupo de mayores de 60 años participaron de un Taller de escritura recreativa virtual, bajo el auspicio de Manfrey y con la colaboración del Centro de Jubilados de Freyre y de la Biblioteca Popular "José Ingenieros".

Cada semana, utilizando una aplicación en su teléfono, recibían una invitación a escribir sobre algún tema. Estos son algunos de los textos que se compartieron en ese taller.

Elizabeth Munighini, Coordinadora
Octubre 2020

Hoy siento deseos de agradecer a...

por Dominga Gallo

MIS SENTIDOS por permitirme descubrir la belleza que me rodea, abrazar a mis seres queridos, disfrutar la música, el perfume de las flores y el sabor de los manjares.

MIS MÚSCULOS que me llevan y mueven en las direcciones que encuentro placer, relajación y a veces, sin querer, al dolor.

MIS HUESOS que soportan mi cuerpo y dejan que me desplace por distintos caminos, buscando mi destino, para satisfacer mis necesidades.

MIS ÓRGANOS que orquestados en maravillosa armonía producen una melodía increíble y misteriosa, sin control.

MI INTELIGENCIA que dirige mis actos, hace planificar y resolver mis problemas, comprender y aprender lo que me gusta, conectarme y construir, casi sin darme cuenta.

MIS EMOCIONES que me descubren tal cual soy ante la diversidad de estímulos que invaden y se ofrecen a mi existencia, sin juzgarlos.

MI BIOGRAFÍA que enigmática y silenciosamente se desarrolló plena y feliz conjugándose con el entorno y haciendo de todo ello, MI VIDA.

“Gracias a la vida que me ha dado tanto...”



Capítulo 1

Los invitamos a jugar



¡A jugar!

por Elvira Sena

¡A jugar! Hermosa invitación.
Jugamos a la ronda con una canción.
A las escondidas, arriba de un árbol, difícil de encontrar, eras ganador.
Hubo caídas, risas y carcajadas.
¡Qué felicidad! Con tan poco éramos felices.
A las visitas. ¿Quién era la mamá?
Con muñecas de trapo y jueguito de té.
Intercambiábamos ideas, nos sentíamos adultos.
Y pasaron los años y quedaron recuerdos.
Imborrables recuerdos que el tiempo no se lleva.

Jugamos a “la payana” con cuatro piedritas,
cuando la lluvia nos impedía salir.
No era una excusa para no jugar, igual nos podíamos divertir.
Y faltaba la soga para saltar.
Ganaba quién más tiempo saltaba y lo teníamos que aplaudir.
Eran otros tiempos, otras realidades.
En el hogar teníamos responsabilidades y había que cumplir.
No había compu, ni celulares, sólo radio y a batería.
Sin redes sociales, que hoy están a la altura de estos tiempos
¡Nada impidió que fuéramos felices! ¡Completamente felices!
¡No había lugar para el aburrimiento!
Pertenecemos a una generación de edición limitada.
Los que tenemos más de 60, sabemos y vivimos dentro del respeto, la honestidad, la responsabilidad y todos aquellos valores que hacían de cada individuo un verdadero ser humano.



¿Era poco? ¿Era mucho?... ¡era todo lo que nos hacía felices!

por Zulema Biolatto

Y hoy, en un ejercicio de memoria y de nostalgia, se nos ha invitado a volver el tiempo atrás... tanto como para situarnos en la época de nuestra niñez. En esos años en que la vida giraba en torno a la escuela, algunos quehaceres domésticos, y sobre todo en los juegos y entretenimientos entre amigas, hermanas y/o compañeras de clase. Muchos de ellos se diferenciaban para niñas o varones. Con cuánta alegría y distracción disfrutábamos esos momentos.



Como por ejemplo “Salto a la soga”, un verdadero certamen de resistencia. Dos participantes, de manera rotativa, sostenían una cuerda, de más o menos tres metros, cada una en un extremo y la hacían girar. Con cierta habilidad había que ingresar al espacio que limitaba la cuerda dando vueltas... y comenzar a saltar. Allí se recitaba un singular estribillo: Aceite-vinagre, pimienta-pimentón, cuchara- cucharita-cucharón cuando éste terminaba se aceleraban las vueltas de la soga y comenzaba el conteo, hasta que se errara en el salto y se paraba el juego. Continuaba otra participante y por supuesto la que lograba mayor tiempo saltando ganaba.

Otras veces jugábamos “Al Tejo”, por lo menos así lo llamábamos por estos lugares, en otros se lo conoce como La rayuela. Dibujábamos en el suelo un diagrama formado por tres cuadrados superpuestos, a continuación un rectángulo dividido en el medio, otro cuadrado y otro rectángulo, rematando con un semicírculo (el cielo).

Necesitábamos un trozo de ladrillo, mosaico o piedra de más o menos cinco o seis centímetros de lado y cierto peso para que pudiera ser lanzado y cayera en el lugar necesario. Se tiraba en el primer cuadrado y saltando en un pie se recorrían los tres, en el rectángulo se apoyaban los dos pies y de nuevo con uno en el cuadrado y dos en el rectángulo último. Se giraba ciento ochenta grados y se volvía de la misma manera hasta rescatar el tejo y terminaba la primera vuelta, por supuesto sin pisar ninguna línea ni que el tejo la tocara. Se recorrían todos los espacios avanzando de la misma manera hasta que se produjera alguna infracción, entonces continuaba otra participante. El último tiro era hacia el cielo y al llegar se tomaba el tejo y de espaldas se lanzaba a ciegas, si caía dentro de algún espacio del diagrama, ese lugar se convertía en una “CASA”, y sólo podía poner el pie en ella su dueña. El juego terminaba cuando alguien tenía tantas casas que le hacía imposible avanzar a las otras jugadoras.

Y también recuerdo otro juego entretenido y casi diría de destreza. “La Payana”Debíamos procurarnos cinco piedritas, en lo posible, de igual tamaño y de forma más o menos redondeada. El lugar indicado para conseguirlas, por lo menos en mi pueblo, era entre las vías del ferrocarril, las había, de todas formas, colores y medidas. Cada quien tenía su propio juego, pero al competir se utilizaba sólo uno. Podía jugarse entre dos o más competidoras.

Se comenzaba tirando en el suelo las cinco piedras y el juego completo tenía varias instancias, en todas, la destreza era tirar hacia arriba una o varias piedras, recoger las que quedaban en el piso y atajar la o las que caían.

Creo que la más difícil era la “lluvia”: se largaban las piedritas al suelo, se tomaba una y se tiraba hacia arriba rescatando una del piso antes de que caiga, luego se tiraban las dos hacia arriba y se rescataba otra, hasta que al final iban cuatro hacia arriba y sólo una para rescatar, acá la habilidad era que el tiro sea correcto para que caigan en forma ordenada y se pudieran atrapar todas juntas. El puente, el gallito, la araña eran otros de los pasos que se debían recorrer para ganar. Quien llegara primero al juego final lo lograba.

¡Cómo no reconocer el valor en la práctica de estos juegos! Con materiales simples, que se conseguían en cualquier lugar, se estrechaban vínculos de amistad y compañerismo, se practicaban destrezas y habilidades, pero sobre todo era un intercambio, frente a frente, cara a cara que humanizaba el juego. Sin dudas, los tiempos cambiaron, hoy la tecnología mueve al mundo y los niños no pueden estar exentos de ello. Sus ratos libre y muchas veces los que tendrían que dedicarlos a otras actividades, los ocupan con sus celulares, computadoras u otros aparatos electrónicos, en juegos en línea o virtuales Sin embargo, si bien practican y se especializan en el manejo de la tecnología, se pierden la oportunidad de intercambiar con sus pares, personalmente la práctica de juegos. Por otro lado con los aparatos, la mayor habilidad que adquieren es la rapidez en apretar teclas y botones, pues la máquina está programada y no valen estrategias particulares. En esta situación vale la afirmación o pregunta: ¿todo tiempo pasado, fue mejor?

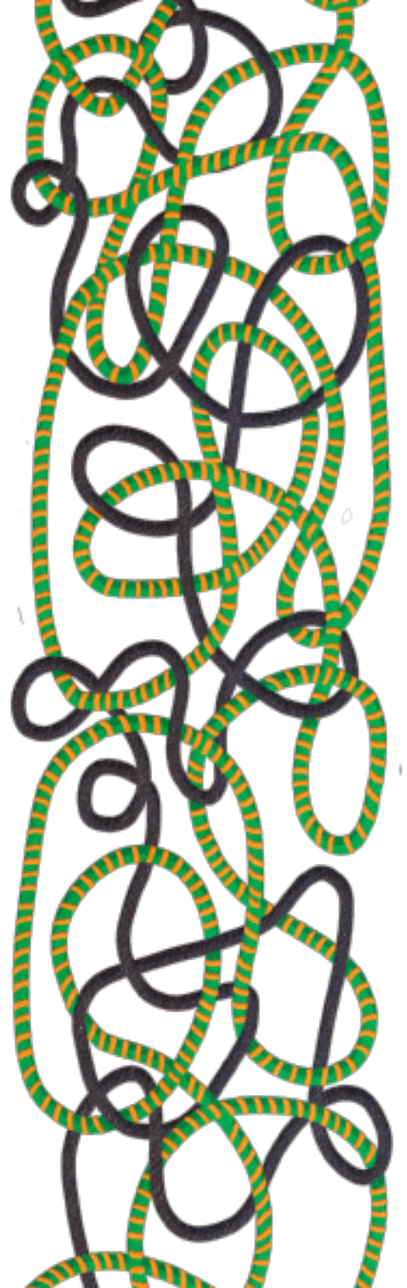
Vamos a jugar

por Gloria Bocco

Estimados miembros de la OIJI (Organización Internacional del Juego Infantil, me enorgullece haber sido seleccionada para transmitir algunos de los juegos preferidos de mi infancia.

Si bien debemos describir tres, tengo que aclarar que mi lista excede largamente ese número. He preferido juegos sencillos, recomendados para pequeños, pero que a los adultos también les gustan, aplicables en cualquier contexto, previendo que en estas épocas, muchos niños están en contacto todo el tiempo con personas adultas o pertenecen a hogares carenciados, u otros tal vez no reciban mucha atención, y niños cuyo único entretenimiento los encuentran en los últimos avances tecnológicos. Los siguientes son juegos que creo que merecen perdurar en el futuro.

Saltar la soga, es un hermoso entretenimiento que sólo requiere conseguir una cuerda, soga o cable lo suficientemente grueso y flexible. Este juego se puede practicar individualmente o entre muchas personas, en el interior o a la intemperie. Si es una sola persona, primero debe aprender a coordinar el salto con el movimiento de los brazos, ya que se debe tomar en cada mano un extremo de la cuerda (que debe ser más larga que la estatura de quien la utilice) y luego hacerla girar, pasándola por arriba de la cabeza y saltar en el momento exacto en que está debajo de los pies.



Se comienza lentamente, y luego se intenta saltar cada vez más rápido. Cuando se adquiere experiencia se pueden realizar distintos cruces y figuras con soga y se juega hasta que se pierde el paso, se pisa la soga o quien juega se cansa. Si otra persona quiere participar, pide permiso para “entrar” y si es aceptado, debe esperar el momento justo en que la soga está arriba para comenzar a saltar con el mismo ritmo del que ya está saltando. Si son tres o más participantes, dos niños toman cada uno un extremo de la cuerda y cuando la hacen girar los demás “van entrando” de a uno y comienzan a saltar, hasta que todos estén saltando al mismo tiempo, cuando alguno pierde el paso o pisa la soga, pierde y debe abandonar el juego, así hasta que queda el último jugador saltando, que será quien gane. Cuando son muchos saltando juntos, los que manejan la soga, van aumentando la velocidad del movimiento obligando así a los participantes a aumentar la rapidez del salto para no caerse, enredar sus pies, o pisar la soga.

Este juego despierta la sana competencia, permite el ejercicio físico, ayuda a coordinar y sincronizar los movimientos del cuerpo, entretiene y ayuda a despejar la mente. Si se puede jugar al aire libre, mucho mejor.



Roba Montón, se debe tener un juego de cartas o barajas conocida como española. Apto para jugar en cualquier sitio. Y entre dos o más jugadores.

El juego consiste en repartir tres cartas a cada jugador y dejar cuatro sobre la mesa de juego, comienza jugando el participante que está a la derecha de quien repartió los naipes, si esa persona tiene una carta del mismo número que las que se dejaron en la mesa se la lleva y comienza a acumular su montón de cartas, con la última que recogió bien visible, cada jugador hará lo mismo. Cuando el jugador que es mano (es decir a quien le toca el turno de juego) tiene una carta del mismo número que la del montón de otro jugador, está habilitado para “robarse” ese montón y así aumentar el suyo. El juego termina cuando ya no hay más cartas que repartir (si son varios jugadores hay menos rondas), cada jugador debe contar las cartas que tiene su montón y será ganador el que más cartas acumuló y tiene el montón más grande.

Destaco como interesante que los niños aprenden a identificar los números, reconocer y agrupar cartas con el mismo valor y diferente palo, esforzarse por recordar la jugada de sus contrincantes, realizar las operaciones matemáticas básicas (sumas y restas). Estimula el aprendizaje del respeto hacia el otro jugador, aprendiendo a esperar el turno para jugar, la motricidad fina de los pequeños al tomar la baraja en las manos, mezclar y repartir.



La escondida es un juego muy antiguo que comenamos a usar desde que somos bebés, cuando un adulto se tapa la cara y juega a aparecer y desaparecer estimulando la atención. Con niños mayores se puede jugar al aire libre o en el interior y admite dos o màs participantes. Entre todos se debe elegir al encargado de contar, con los ojos tapados, hasta la cantidad que se pacte grupalmente. El lugar que se elija para ello será la "casa", mientras el elegido cuenta, los demás se deben esconder. Cuando termina, comienza a buscarlos y a medida que los encuentre, debe volver corriendo a la casa y tocarla antes que el que fue descubierto. El que toca la casa antes que el encargado de encontrarlo se asegura no tener que contar en la próxima ronda. Eso le tocará al primero que haya sido descubierto en su escondite. Si no encuentra a nadie y todos tocan la casa antes del que contó, en la siguiente ronda debe contar nuevamente el mismo niño.



Es un juego muy útil para la socialización, para entretener e integrar a muchos niños, para aprender a contar, controlar las emociones, usar la imaginación y la picardía para encontrar escondite.

Finalmente debo expresar que creo importantísimo que fomentemos el juego para tener niños felices sanos e inteligentes, ya que aún los juegos más sencillos estimulan su desarrollo emocional, cognitivo y físico. Por eso agradezco muchísimo su ponderable e innovadora iniciativa y por otorgarle valor a los juegos que los adultos realizábamos en nuestra niñez.

Los juegos de mi niñez

por Lila Gallo

Es bien sabido cuánto jugábamos en “nuestros “tiempos, en casa y en la escuela. Las rondas, la gallina ciega, saltar la soga, el yo-yo, a las muñecas, la rayuela, la payana, a las escondidas, con las figuritas y canicas son los que me vienen hoy en mente.

El juego fue y sigue siendo una necesidad natural e innata del ser humano que se practica en todas las etapas de la vida. En la mía fue una actividad constante: con mi papá al ajedrez y con mi mamá a la casita; en mi familia mi hermano era mayor que yo y por lo tanto jugaba a los juegos que él sugería. Los juegos preferidos eran con figuritas y canicas.

La “tapadita” y la “carrera” se jugaban con figuritas. El primer juego consistía en colocar una figurita de cartón, redonda, con dibujos de superhéroes, de autos u otros, en el suelo y desde una altura de un metro más o menos apoyar otra y dejarla caer. El que lograba tapar la que estaba en el suelo recogía ésa y las otras que no lo pudieron hacer. Ganaba el que se quedaba con todas las figuritas del adversario.

La “carrera”, también con figuritas similares, se las lanzaba a la pared, desde un lugar lejano, previamente establecido, tratando de llegar lo más cerca posible a la pared. Ganaba el que las arrimaba más y juntaba las de los perdedores. Estos juegos hoy los comparto con mis nietos varones.



En la escuela durante los recreos, me encantaba saltar la soga con mis compañeras. El desafío era “entrar” a saltar mientras dos niñas enfrentadas hacían girar la soga. Triunfaba quien había hecho más saltos. La misma práctica pero con dificultad era “entrar” a saltar mientras la soga giraba en sentido contrario. Era más difícil y muchas veces aprender nos costaba algunos sogazos. También saltábamos en grupo. Esto lo disfrutaba mucho. Otra variante era con la soga quieta, una niña parada en el centro y quienes la sostenían comenzaban a hacer girar la cuerda lentamente hasta alcanzar gran velocidad mientras se cantaba a coro “sal-aceite-cucharita-cucharón-pimienta- pimentón”. Muy pocas veces llegábamos al final. Este juego lo compartí sobre todo con mis nietas.

Llegó la adolescencia y con mis amigas, los fines de semana de invierno, nos reuníamos para jugar a la canasta. ¡Qué bien lo pasábamos!

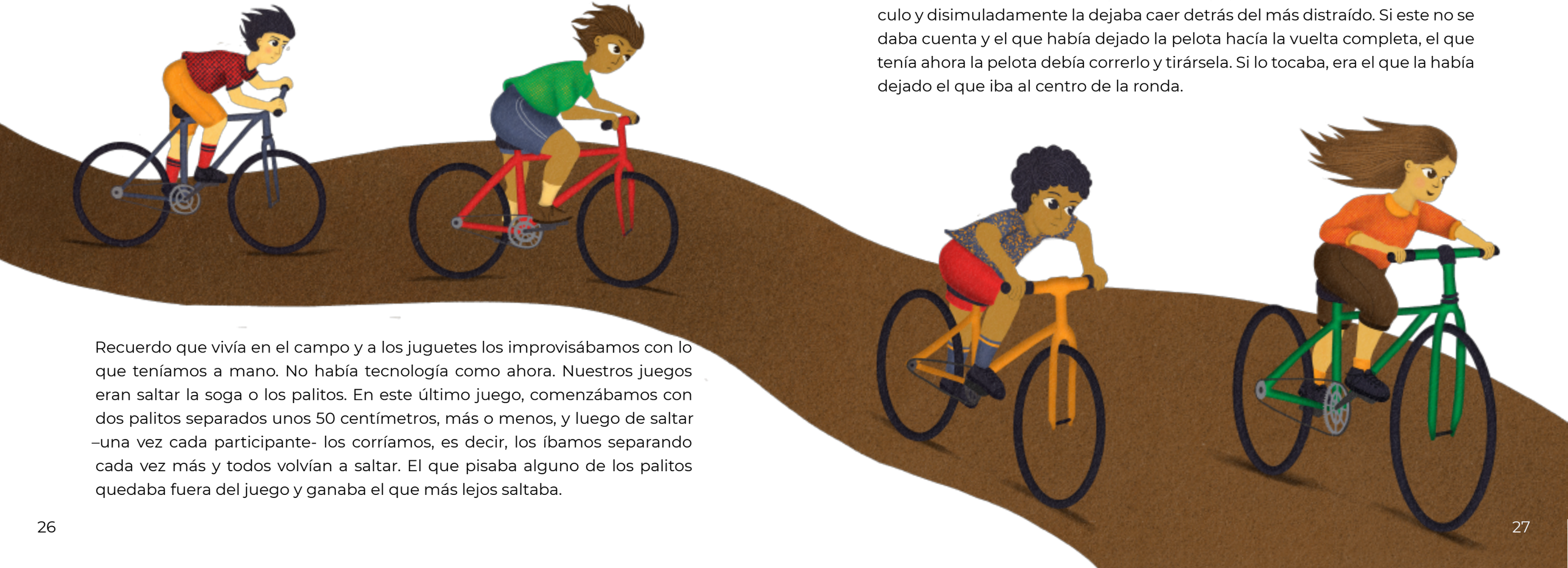
Con mis hijos compartí todos los juegos que mencioné y otros de mesa como el de La Oca, dominó, scrabble, ludo. Ellos todavía lo recuerdan con nostalgia y agradecimiento porque no sólo les permitieron pasar una infancia feliz sino que desarrollaron sus áreas psicomotriz, cognitiva y afectivo-social.

Mención aparte merece este último comentario. Durante muchos años, en la casa donde vivo, se armaba los fines de semana, una red para jugar al vóley-ball donde participaba mi familia entera -somos seis- con niños y adultos vecinos. También una red de tenis y una canchita en miniatura de fútbol en donde todo el barrio jugaba. Se hacían competencias que duraban toda la tarde del domingo. Aún hoy estas situaciones se repiten y me complace verlas y participar. Ya no se dan en mi casa pero sí en la de mis hijos. Y me hacen muy feliz...



Juegos de nuestra infancia

por Oldina Falco



Recuerdo que vivía en el campo y a los juguetes los improvisábamos con lo que teníamos a mano. No había tecnología como ahora. Nuestros juegos eran saltar la soga o los palitos. En este último juego, comenzábamos con dos palitos separados unos 50 centímetros, más o menos, y luego de saltar –una vez cada participante- los corríamos, es decir, los íbamos separando cada vez más y todos volvían a saltar. El que pisaba alguno de los palitos quedaba fuera del juego y ganaba el que más lejos saltaba.

Con mis hermanos varones jugábamos a la pelota y corríamos carreras en bicicleta. Yo también jugaba a la casita, con la única muñeca que en aquel tiempo tenía. Además, recuerdo que jugábamos al yo yo, al tejo y, en el colegio –como éramos muchos- al perro y la liebre (que ahora llaman la Popa) y al huevo podrido. Este juego consistía en formar una ronda, sentados, y uno de los participantes con una pelota de trapo, daba vueltas alrededor del círculo y disimuladamente la dejaba caer detrás del más distraído. Si este no se daba cuenta y el que había dejado la pelota hacía la vuelta completa, el que tenía ahora la pelota debía correrlo y tirársela. Si lo tocaba, era el que la había dejado el que iba al centro de la ronda.

Otros juegos que recuerdo son la escondida, la farolera, el arroz con leche, saltar la soga... y como mi vida transcurrió en el campo, jugaba a las mareaditas –o sea al fútbol- con mis hermanos y vecinos, que eran todos varones, y a los cinco años aprendí a andar a caballo. Insistí tanto que me subían a uno y me dejaban en el corral, donde daba vueltas hasta que aprendí. ¡Que lindos recuerdos guardo de mi infancia!



Jugando en el recuerdo

por Lea Bogliotti

Nunca me había detenido a pensar... Pensar cuáles eran los juegos de la infancia. Cuántos años por desandar, décadas. Casi no me acuerdo, pueden ser algo más de ochenta y dos, ochenta y tres años.

Pero ahí están los recuerdos de mi niñez. En lo más profundo de mi corazón. Pienso y me veo con un ternerito convertido en caballo, sus riendas un pedazo de piolín. Me trepaba a un alambrado para poderlo subir, luego este comenzaba a andar y su mejor forma de deshacerse de mí era pasando debajo de un palo que servía de tranquera. El pobre estaba harto de mí.

Desde muy chiquita me gustaba andar a caballo, disfrutaba de los lugares donde podía escuchar el trinar de los pájaros, el perfume de los alfalfares. Me acompañaba un hermano algo mayor que yo, Vital. Él se trepaba a los árboles y con alegría me mostraba los huevitos de las palomas, que luego -con mucho cuidado- los regresaba al nido, porque sabíamos que pronto nacerían las palomitas que en sus primeros días estaban cubiertas con un suave plumaje semejante al algodón.

Un día, andando por el campo, observamos un manto rojo, habían florecido las verbenas. Él bajó del caballo y comenzó a juntarlas para llevárselas a mamá. Pero de pronto, los teros enojados sobrevolaron sobre su cabeza. Fue tan grande el susto que tiró las flores y salió corriendo. ¡Qué susto se llevó! ¡Mientras yo me reía él lloraba!



Al poco tiempo, nos fuimos a vivir al pueblo donde conocí a mi amiga del alma. Ella tenía seis años y yo cinco. Nuestro juego preferido era jugar a la casita. Los utensilios eran latas de sardina y unos palitos. Con tierra y agua hacíamos la comida. A veces, cuando rescatábamos algo de la casa nos íbamos de pic nic bajo una higuera que había en el fondo del patio.

Después, un poco más grande mis juegos preferidos era saltar la soga, la escondida y el tejo. Esto nunca lo olvidaré. Con tan poco nos conformábamos. Era lo que había.

Mientras los niños de hoy se entretienen con juegos didácticos, celulares, manejan mucha tecnología, en aquella época nada de eso existía y a mí me cuesta usarlas. En buena hora los niños de hoy pueden disfrutar de todo eso. Sin embargo hoy a ellos se les exige más. Desde pequeños deben cumplir horarios para distintas cosas. Son niños adultos desde edad muy temprana. A mi parecer se pierden un poco la infancia que nosotros vivimos. ¡Qué maravilla fue mi niñez! Cuánto tiempo pasó. Ahora me pregunto, ¿todo esto lo tenía olvidado o guardado en lo más profundo de mi corazón?

Juegos

por María Ángela Pérez

Me tomo un momento para mirar en mi interior, buscar en mi memoria y repasar mi infancia, una infancia muy feliz. Tuve muchos juguetes pero lo que recuerdo con mayor claridad y alegría fue un ambiente libre y natural ya que pasé el mayor tiempo de mi niñez en el campo, por eso no había amiguitos para compartir juegos, salvo cuando iba al colegio y jugábamos en los recreos a los juegos conocidos por todos: a la escondida, al tejo y a saltar la soga.



Pero lo que atesoro es la interacción que tuve con la naturaleza, donde las flores silvestres rojas y lilas se convertían en el mejor regalo cuando se presentaba la ocasión, las bolitas de paraíso y las bayas del algarrobo servían para cocinar e imaginaba que en un campo de sorgo o maíz se escondían los malvados.

Los diálogos con amigos invisibles y nuestra gran imaginación de niños que transformaba todo, el asombro y la alegría al encontrar huevitos de pajaritos con motitas de colores ¡qué belleza! Y cuando de casualidad encontraba un nido de gallinas con muchos huevos, me sentía la exploradora más grande. Y la aventura de saltar en un charco de barro me llenaba de risas.

Por eso creo que no hacen falta juguetes ni juegos para que un niño sea feliz; lo importante es que los dejen jugar solos o con otros niños. Ellos producen sus propios juegos y esas vivencias nunca se olvidan.

¡Volví a jugar!

por Petrona Bustos

Cuando yo era chica jugábamos mucho, no solamente yo, sino todos los niños. Mi hermano Jorge tenía una bolsa de tela que le había hecho mi mamá. La pobre bolsa estaba siempre llena de figuritas, bolitas, gomera, piedras... pero también llevaba masitas. Con tantas cosas adentro, la bolsa era más grande que él.



Y las nenas jugábamos a la estatua, las grandes y las chiquitas también.En los patios grandes de mi escuela amada jugábamos en los recreos todos los compañeros juntos, cuando digo todos, son todos, no teníamos diferencias ni preferencias.

Jugábamos al huevo podrido, se jugaba en un patio o vereda. Todos los niños nos sentábamos separados uno al lado del otro y quedaba un niño en el medio. Ese niño tenía una pelota hecha de medias, no muy grande, del tamaño de la pelota de tenis. Los que estábamos sentados formando una ronda grande, teníamos que esperar a que él pasara por detrás. Había que mirar hacia el frente y recién podías mirar detrás de ti –para ver si te había dejado la pelota- después de que él había pasado. Si tenías la pelota la agarrabas y salías corriendo para atraparlo, y si no podías le tirabas con la pelota. Si lo tocabas, otra vez iba al centro, si no, era el turno del niño al que le habían dejado la pelota.



A mí me gustaba mucho jugar en el colegio o cuando estaba con mis primas. Cuando estaba sola me gustaba buscar las telas que tenía guardadas y hacía servilletas y pañuelos bordados, también tejía al crochet y a dos agujas. Estaba todo el tiempo con eso. Cuando mis nietos me preguntan qué hacía de niña, se los cuento, ellos se ríen y yo me río con ellos, recordando la niñez.



Capítulo II

Los sabores de la familia



Sabores familiares

por Dominga Gallo

La gastronomía además de proporcionarnos los nutrientes necesarios para vivir permite la interacción entre el hombre, la alimentación y el entorno. Surgen así las comidas típicas o regionales según la procedencia de los inmigrantes. Por otra parte la comida siempre fue, y lo es todavía, motivo de reuniones familiares que se dan generalmente los días domingo donde la anfitriona se esmera por preparar platos especiales. Así recuerdo haberlo vivido en mi casa paterna. Mis padres invitaban a mis abuelos y años más tarde, en su ausencia, fueron reemplazados por la familia de mi hermano y luego la mía también, supliendo ese vacío.

Mi mamá era una eximia cocinera y le gustaba agasajarnos con comida de elaboración casera: una entrada de fiambres: mayonesa de ave, matambre arrollado con verduras, tomates y huevos rellenos, vitel toné, lengua a la vinagreta, entre otras exquisiteces. Luego servía el plato principal que solía ser pollo en distintas variedades con ensaladas o generalmente pastas. Todo estaba riquísimo pero yo rescato los canelones de seso y espinaca con salsa boloñesa. Se me hace agua la boca de tan solo evocarlos. Fueron mis preferidos y siempre pedía su repetición cada fin de semana.

Los preparé en mi casa pero no tenían ese sabor especial que encontraba en los de mi mamá. Tal vez le faltaba el condimento único y diferente que es el “amor a la cocina” porque creo que todo lo que se hace con este ingrediente, no falla. Además este plato requiere mucho tiempo de preparación y fue en definitiva lo que me hizo desistir de su elaboración, lamentablemente. Los sigo preparando pero sustituyo el seso por carne de vaca. Luego del plato principal venía el postre también casero: flan de huevos, budín de pan, frutas en compota o almíbar, turrón de quaker, tortas, borrachito. Este último era mi preferido. Actualmente lo preparo con frecuencia y a mi familia les encanta.

Todo era delicioso y tan amenas las jornadas que pasábamos juntos que esta tradición la adopté y la seguimos practicando: la clásica juntada de los domingos que en este año, excepcionalmente por la cuarentena, se hace no tan seguido como nos gustaría, y no en mi casa únicamente sino que vamos rotando los lugares familiares pero casi siempre triunfa una comida solicitada y especial también: el asado; con él se lucen los hombres. Sin embargo los afectos, recuerdos, charlas y festejos dejan los mismos sentimientos de alegría y bienestar que van más allá de la comida que se ingiere y eso es seguramente lo que perdura y lo que hace que cada reunión familiar sea una fiesta donde la protagonista principal es la comida.



Momentos inolvidables

por Elvira Sena



Los fines de semana eran los más lindos, los más alegres, porque nos reuníamos en casa de mis abuelos paternos. Nada más entrar en ese ámbito y sentíamos la sensación de llegar al cielo.

Mi abuelo tan recto, tan categórico en su conducta, para conducir la nuestra, pero tan abierto cuando nos rodeaba con su amor y afecto.

Recuerdo a mi abuela, con su delantal y la sonrisa dibujada en su boca. El horno de barro donde cocinaba el pan y las tortas con las que nos deleitaba.

Si cierro los ojos, veo su imagen, con un leve rengueo; sirviéndonos el chocolate o la leche con el olor de la esencia de vainilla y el aroma de azahares... nunca recuperé esas fragancias, que disfrutaba en aquella época de mi niñez. Con ella aprendí a cocinar las comidas típicas de origen vasco: las empanadas ¡eran tan especiales! Y con masa casera. Mi madre las hacía, ¡pero no eran iguales! Con ellas aprendí a hacer pastelitos bañados en almíbar, que reemplazaban a las tortas de cada cumpleaños.

Las comidas con tantas calorías, para la visión moderna. Esos guisos o paella con chorizo colorado y carne de cerdo. Nunca volví a comer algo igual. Todo lo que se cocinaba era con productos que se obtenían en la casa. En realidad, cada hogar tenía una industria artesanal o una verdadera Pyme, como se la llama hoy. Había una huerta, árboles frutales. Cada casa tenía una granja. Se compraba poco y se fabricaba todo. Se hacía realidad lo que Sarmiento decía de su madre: “La casa de mi madre, la obra de su industria”. Agradezco a Dios, que me permite conservar estos recuerdos. Recuerdos hermosos de mi niñez lejana.

Recuerdo esas manos, que quizás cansadas, estaban siempre presentes, no sólo para preparar delicias sino también para arroparnos en invierno con los abrigos que ellas mismas fabricaban.

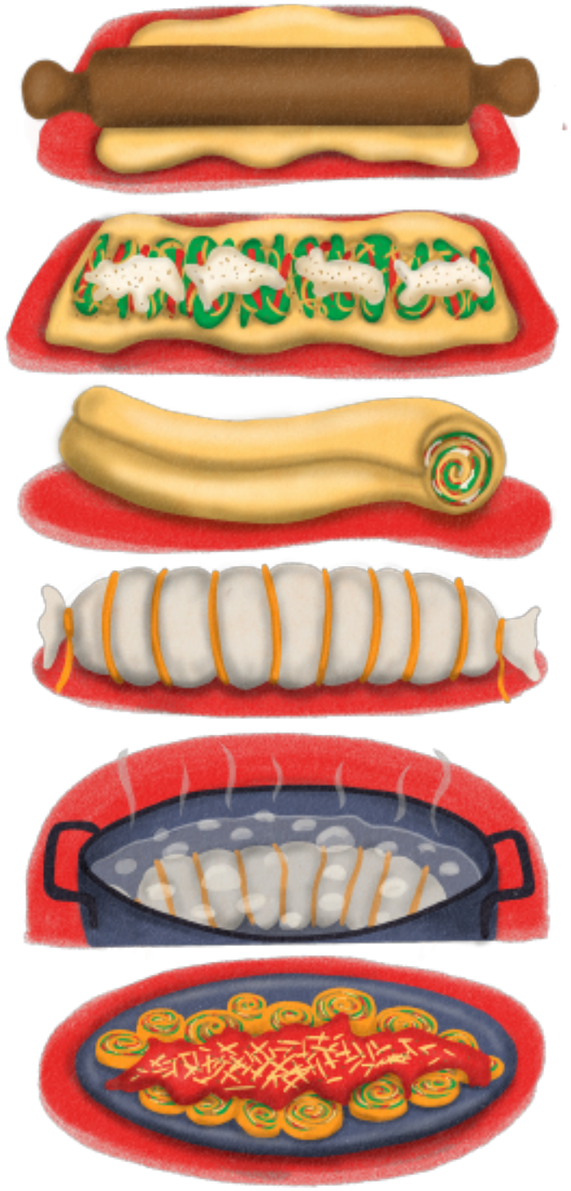
Hermosa infancia, recuerdos indelebles, son parte de mi historia, de una vida compartida con quienes fueron los amores que me precedieron, con mis abuelos, con mis padres.Es la historia que yo escribo, la que vive conmigo y son parte del relato que en su infancia, mis nietos me pidieron.

Conservando costumbres y sabores

por Lea Bogliotti

Cuando yo tenía alrededor de tres años mis abuelos tomaban una sopa espesa a la que le agregaban trozos de pan y vino tinto de su propia cosecha. Me parecía horrible, pero él con gusto saboreaba recordando su bella Italia.
Cosa que nunca intenté hacer, pero sí otras comidas que fueron pasando de generación en generación, como el "Margarite". Observaba cuando mi madre lo hacía: preparaba una masa y luego la estiraba con sumo cuidado, después esparcía sobre ésta un preparado con un aroma a albaca y otros condimentos, lo enrollaba y envolvía en blanco repasador y lo hervía. Entonces, lo cortaba en rodajas y las acomodaba en una fuente alternando con salsa y queso... gustos y aromas que nunca logré.

Y la infaltable bagna cauda, acompañada de verduras que recogíamos de la huerta y el agregado de ñoquis y ravioles que yo hacía.Estas comidas se hacían en días especiales, aromas de ajo y especias invadían la casa.



¡Qué tiempos aquellos! Lo que no volvimos a hacer son las carneadas ¡Cuántos preparativos! Una verdadera fiesta. Mi padre el promotor de todo, era de buen paladar, por eso le sabía dar el toque justo para lograr un buen salame. ¡Qué aromas a especias emanaban! Luego se acomodaba una parrilla sobre las brasas y allí se asaban unas tiras de chorizo para dar "el veredicto".

Terminábamos exhaustos de tanto trabajar, debíamos dejar todo en orden. Lo primero que disfrutábamos era el pan de chicharrón y día a día íbamos observando si estaban a punto los chorizos y bondiolas para hacernos un gran sanguche con pan casero.

Costumbres que fueron desapareciendo, no sé si será por su alto costo o porque prevalecieron las recomendaciones del doctor. Son costumbres del pasado que quedaron en el tiempo.

Hoy hablamos de las comidas

por Oldina Falco



Mi favorita es el puchero, en invierno especialmente, por dos motivos: primero por sus ingredientes variados, carnes (ruedita y cola) –que es lo que más me gusta- y verduras; segundo porque me retrotrae a mi infancia y adolescencia. Se preparaba sí o sí los días lunes al mediodía y a la noche la tortilla con las sobras más la sopa del puchero con fideos.

Recetas que se han transmitido de generaciones pasadas son los embutidos, o sea los productos de las carneadas, que aún seguimos haciendo. También los ravioles caseros, pizzas con salsa de tomate, cebolla, aceitunas y anchoas. Si faltaban algunos de esos ingredientes, no se preparaba (no se utilizaba el queso cremoso) y son preparaciones que sigo haciendo en la actualidad, además de dulces caseros con duraznos de las plantas que teníamos y la huerta que era muy variada.

A las reuniones familiares asistían los parientes en las fiestas patronales de la Colonia y del pueblo, ahí nos tocaba de visitantes; además de celebrar las fiestas de Navidad, Año Nuevo, Nochebuena y para Reyes venían mis tíos y primos de Rafaela. También nos visitabamos con amigos y vecinos. Algunos vivían cerca, otros no. Los fines de semana no se salía a comer a restaurantes y la preparación era estrictamente casera y recuerdo algo muy lindo, aunque parezca mentira: si cantaba el gallo frente a la puerta de entrada de la casa, no fallaba: teníamos visitas. Ese era el aviso en aquellos tiempos en que no existía la tecnología.

Nuestra vida templada en la cocina

por Gloria Bocco

Me crié en un hogar en el que las reuniones convocadas alrededor de comidas simples y sencillas significaban y aún hoy significan mucho más que comer para alimentarse. Para nosotros encarnan muchos sentimientos como cariño, afecto, templanza; el ritual al que se recurre para moderar y expresar tantas emociones. Es una ceremonia amorosa, que convoca a familiares pero también a amigos y que sirve sin excepción para atravesar cada momento de la vida, para presentar y recibir a los nuevos, celebrar alegrías, conjurar tristezas y buscar consuelos.

La cocina de mi madre es el lugar adonde vuelan mis recuerdos cada vez que pienso en mi niñez y en mi familia. En las mañanas frías de invierno, era el rincón más cálido y confortable de la casa, y el más luminoso y bullicioso en los días de verano. Allí reinaban ellas, mi mamá y mi nona, y allí se transformaban los alimentos más simples en sabrosos manjares.

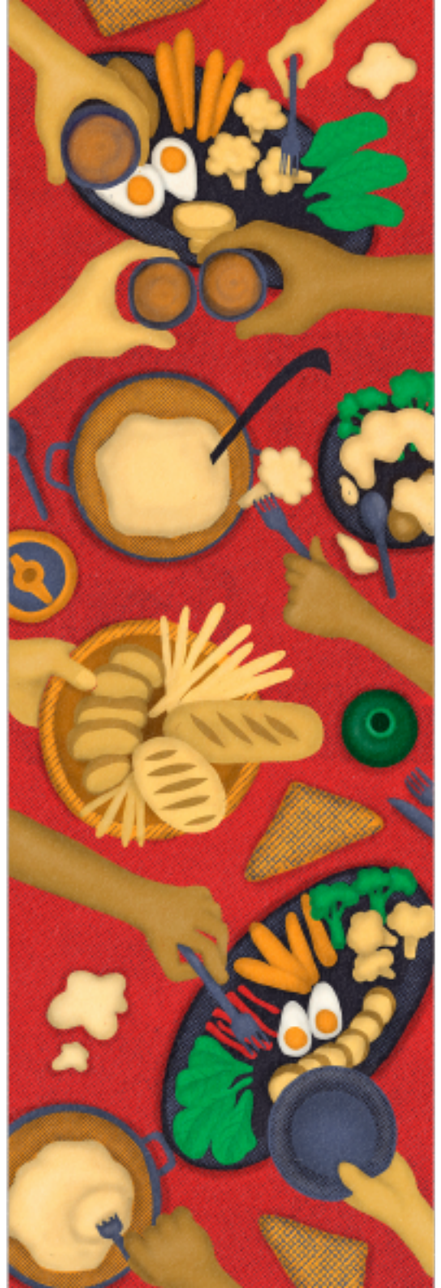
Cocina y comedor integrados en un amplio espacio permitían vivenciar la serenidad del sencillo transcurrir diario, el ritmo estaba marcado por el quehacer de estas dos poderosas mujeres. Preparaban los alimentos, mateaban con alguna vecina intercambiando recetas y confidencias mientras supervisaban nuestras tareas escolares.

Nosotros en tanto nos deleitábamos anticipadamente frente al sabroso almuerzo que nos prometían los aromas emanados del fogón. La conversación fluía indistintamente en castellano o piamontés en caso de que los niños no debiéramos entender lo que se hablaba.



El mundo podía girar al ritmo que se le ocurriera, pero no modificaba este hábito mágico que es elaborar amorosamente para los demás, comidas sanas, novedosas y ricas cada día del año.

Con ellas aprendí, sin proponérmelo, sólo presenciando, recetas, trucos y secretos de las más hondas tradiciones piamontesas y argentinas. La bagna cauda del Viernes Santo era infaltable en la mesa familiar, que congregaba a quien estuviera de visita ese día, tías viudas con sus hijos, primos y quienes se acercaran a la casa. Esta comida fue preparada a lo largo del tiempo primero por mi abuela y mi madre, y cuando ellas ya no estuvieron mi padre tomó la iniciativa, él con algunas variaciones muy ricas nos convocaba como siempre para ese día. Luego ocupó el lugar mi hermana y en los últimos años, con la familia tan grande y con tanta diversidad de gustos, además de la clásica comida piamontesa se agregaron también otras variedades, no menos exquisitas, como la paella valenciana acompañada por empanadas de diversos rellenos. Últimamente, cada grupo familiar se reúne por separado, el toque pintoresco es que generalmente todos probamos lo que se cocinó en los fogones de los demás hogares, como una forma de reforzar el vínculo que nos mantiene unidos. Cuando algún integrante está ausente se separa su porción. Demás está decir que la competencia se torna feroz en el momento de comparar los platos, los sabores y los aromas de cada cocinero, lo que deviene en cargadas y bromas que perduran en la memoria familiar.



No menos importantes son las fechas patrias y el día del trabajador. Tratamos de conocer con anticipación si el tiempo estará frío para poder preparar el tradicional locro, con las infaltables empanadas de carne, de las variantes dulces y picantes, con carne molida y también con carne cortada a cuchillo... y si no sale locro, entonces un asadito será la opción adecuada.

Los preparativos previos a las reuniones generan el bienestar y la alegría que se sienten siempre al comenzar el ritual, esperando a nuestros seres queridos, cuidando cada detalle para que nada falte, recordando el alimento, plato y condimento favorito de cada uno, para que todos sientan cuán importante es su presencia en torno a la mesa.

Para una buena comida, un condimento especial: los recuerdos

por Zulema Biolatto

Tendría que decir “a mi juego me llamaron” porque cocinar es uno de mis pasatiempos favoritos...me gusta hacerlo para los míos y para mis afectos. Cuando cocino y sobretodo en este tiempo en que no tengo ningún apuro, entre ollas y sartenes mientras pienso a quien van dirigidas mis preparaciones, recuerdo hechos, personas y lugares a los que me remiten, lo que estoy haciendo.

Y así... preparando una mermelada de naranjas, me viene a la memoria mi Nonna Ana, una dulce viejecita, sentada, en una silla baja, al lado de un brasero, tejiendo calcetines mientras “vigilaba” y revolvía el dulce que se cocinaba sobre las brasas. Siempre tenía de alguna variedad en su aparador: de naranjas, duraznos o higos según sea la temporada y que recogía de su enorme patio que yo imaginaba como el bosquecito de los cuentos... frondoso y tupido de plantas, canteros con verduras, enredaderas y flores.



Y si me propongo hacer algo con salsa blanca...veo a mi madre preparando unas ricas papas con queso y esa salsa, con que complacía a mi padre a quien le encantaba esa comida.

O el tuco para la polenta me retrotrae a cuando mi esposo salía de cacería y se llegaba con unas cuantas perdices... su receta favorita era hacerlas en salsa con espinacas o acelga para una suculenta polenta.
Preparando lo necesario para una bagna cauda, veo a mi padre sentado en la punta de la mesa pelando una montaña de ajos, que él consideraba indispensables para su gusto, como el cardo o el tapinabó que cosechaba en la quinta para esa ocasión.

Y en detalles muy simples como lavar la lechuga, picar la cebolla para una salsa o preparar un escabeche de verduras, recuerdo con afecto y gratitud a varias vecinas que nos enseñaron tantas cosas a mí y a mis hermanas cuando siendo sólo niñas perdimos a mi mamá.

La cocina es mi refugio y me ayuda a pasar el tiempo y sentirme útil, en tiempos de clases normales les preparaba diariamente el almuerzo para mis nietos y los domingos cita obligada de toda la familia.

Por la noche antes de dormir repaso mentalmente qué voy a cocinar al día siguiente y siempre busco alguna novedad para sorprender a los que tanto quiero.

Acá va la receta de las Papas con queso que les conté:

PAPAS CON SALSA BLANCA



Ingredientes

-4 o 5 papas medianas
-Queso cremoso
-Huevos
-Pan rallado
-Aceite para freir

Para la salsa blanca:
-Leche
-Maicena
-1 diente de ajo
-Nuez moscada



Preparación

1- Cortar las papas en rodajas de un centímetro de espesor y darles un hervor. (No tienen que quedar muy blandas).Colar y enfriar.

2- Mientras preparar la salsa: en una cacerola con un poquito de aceite poner el ajo picado y una media cucharadita de nuez moscada, calentar y agregar dos tazas de leche con dos cucharadas de maicena diluida, revolver hasta que espese y salar lo necesario.

3- Cada rodaja de papa, ya fría, pasarla por huevo batido y pan rallado. Freír como haciendo milanesas.

4- Acomodar la mitad de las papas en la base de una fuente que pueda ir al horno. Sobre cada una colocar un pedazo de queso y tapar con otra rodaja. Cubrir con la salsa blanca y hornear unos minutos hasta que se derrita el queso.

5- Servir y a “chuparse los dedos”.

La batata de mi madre

por Petrona Bustos

Mi comida favorita es el asado de falda, achuras, el lechón -para comer el cuerito bien crocante- pero que esté bien asado. Me gustan las ensaladas, cualquiera, todas son ricas, también las papas fritas –bien de gorda- y de los postres me gusta la isla flotante, el flan casero y me gustan mucho los helados. Me gusta todo.

Recuerdo que mi padre era el asador de la familia; lo hacía muy rico. Él me llamaba y me daba asado en su tabla, y lo cortaba con ese cuchillo grande que tenía para probar esos bocados, eran los más ricos que haya comido y aún tengo presente la felicidad y alegría que me daba esa acción de mi papá. Las recetas que se fueron trasmitiendo en mi familia son el locro, el puchero chico, las tortas fritas y la torta salada; y por último las riquísimas empanadas.

Cuando había algún acontecimiento familiar, mi mamá era la encargada de cocinar para todos, ella tenía todo un repertorio para ese día, lo consideraba una fiesta y había que preparar mucha comida, siempre tenía miedo que alguien se quedara con hambre.

Primero encargaba al carnicero la grasa (pella) para hacer las empanadas, hacía la masa casera y decía que “ésa era la que le iba”. Al otro día preparaba el relleno para los canelones o ravioles y también el de las empanadas. Todo caserito y con el tiempo de cocción justo. Nosotros teníamos la quinta y yo era la que le ayudaba siempre, por eso aprendí a preparar todo como mi mamá. El último día hacía los postres.

Lo recuerdo como si fuera hoy. ¡Qué rico todo! Una semana preparando de comer. El menú era: empanadas, ravioles, canelones y asado; el postre borracho y el flan casero era su postre favorito. Para los chicos, ensalada de frutas. Nuestras reuniones familiares eran para Navidad. Venían los tíos que vivían en otros pueblos y mis abuelos de la Villa. Y éramos muchos primos y primas jugando antes que Papá Noel nos trajera los regalos. Hoy cierro los ojos y puedo ver y recordar todos los preparativos para esa fiesta de Navidad en familia, tan caro para mis afectos personales.

Estoy oyendo las recomendaciones de mi mamá que nos decía “hay que portarse bien porque están los tíos y la nona Irene”.

Veo el patio grande de la casa de mis tíos Coca y Vicente, la mesa grande y tendida, los chicos que van y vienen y los tíos y mis padres conversando con mis abuelos, que eran los únicos que estaban sentados, comentando quién sabe qué anécdota. Todos se reían a carcajadas y al mismo tiempo, mientras seguían preparando y ultimando todos los detalles.

El cielo de esa noche era nuestro cómplice en la reunión, porque las estrellas y la luna brillaban en su gran inmensidad de destellos y espacio. Me recuerdo sentada, observando todo, me gustaba ver y sentir lo que hacían, escuchar la música... no era tanto de ir a jugar: un rato y basta.

Esta me pareció una buena oportunidad para hacerle un homenaje a mi madre. Una mujer hermosa por dentro y por fuera. Con mis ojos cerrados, puedo ver a mi querida madre con su cocina a leña, adonde calentaba el agua para lavar la ropa y demás “repertorio” que tenía con la ropa blanca, que antes había y que era mucha.

Cuando me llamaba yo iba y ella me daba una batata que sacaba de las cenizas y que había cocinado mientras calentaba el agua. Hoy, con lágrimas en los ojos, recuerdo que le daba un beso y ella me abrazaba con esos brazos arremangados y fríos, brazos que admiré y amé mucho.

Hacía mucho frío y ella lavando afuera. Era muy cariñosa, buena y alegre. Me gustaba oírla silbar y cantar, nunca estaba triste.

Esa es la batata de mi mamá para mí.



Recuerdos, aromas y comidas

por María Ángela Pérez

Estoy completamente segura que nuestra mente asocia a la comida con momentos alegres, emotivos, amigables y principalmente a la familia, esto es lo que me sucede a mí. Siempre cuento que tengo en mi persona ascendencia criolla e italiana y pasa lo mismo con la parte culinaria, ambas bien diferenciadas pero amadas por igual, la cocina italiana por parte de madre, hija de italianos y la criolla por parte de mi padre que una tía, mi segunda mamá hermana de él, me hizo conocer y saborear. Recuerdos imborrables de aromas, sabores de días fríos, calurosos o lluviosos, una comida para cada momento, como se acostumbraba.

En mi casa vivíamos mi mamá, mi papá, yo y una tía, hermana de mi papá, con su marido. Siempre admiré el amor y el cariño que mi mamá y mi madrina sentían una por la otra, las dos cocinaban pero cada una con el bagaje de sus propias tradiciones culinarias. No tengo presente si ellas al cocinar hacían referencia a sus madres o abuelas, lo cierto es que mi mamá se destacaba con las pastas caseras y una imagen que llevo grabada es un día domingo los tallarines con estofado en una fuente amarilla y los mayores escuchando en la radio un programa que se llamaba “La Revista Dislocada”.

Mirando hacia atrás puedo ver a mi mamá haciendo la masa para los tallarines y ver en una mesa larga como los estiraba hasta que se asemejaban a trozos de tela color amarillo, envolver la misma y cortarla con un cuchillo con precisión de una máquina, lo mismo que los ravioles de carne estofada con anterioridad, acelga y sesos, nada de arroz; ese fue su legado para conmigo, yo los preparo así, tratando de que el sabor sea el mismo de aquel entonces y rendirle de esa forma un homenaje.



En las ocasiones especiales como cumpleaños, Navidad y Años Nuevos con la visita de algunos tíos y primos, se preparaba mayonesa de ave. Las gallinas eran faenadas en la casa, lo mismo que los pollos, con fiambres (chorizos a la grasa, panceta, bondiola) productos hechos en las carneadas de invierno (las carneadas merecerían una mención aparte) y como plato principal un lechoncito o carne de vaca al horno.

Para los días fríos de invierno nada mejor que una sopa de arvejas con tiritas de mondongo, la misma se comenzaba a cocinar a las nueve de la mañana, para tiernizar a las arvejas partidas y más que una sopa parecía un guiso.

En días de lluvia amasaba lo que ella llamaba deditos de caballeros, especie de pastelitos esponjoso y dulces y en las noches de invierno las naranjas panadas, riquísimas. En verano visualizo la cocina en penumbras para que las moscas no entraran y cocinando en el horno de la cocina un pollo al horno a fuego lento para que se lograra un dorado perfecto.
Para Semana Santa el menú consistía en polenta con bacalao para el día jueves y bagna cauda con verdura para el día viernes. Por cierto, el ayuno que se hacía era poco.

De la otra cocina, la criolla, recuerdo a mi madrina batiendo un cuenco con crema para preparar manteca casera y también haciendo el dulce de leche casero, dale revolver y revolver y el aroma a vainilla impregnando toda la casa.

Cada dos meses se daba el lujo de hornear pan casero para degustarlo en familia. Previo a cocerlo en horno de barro, el pan permanecía tapado con lienzo blanco en un banco para que leudara. Yo era pequeña, pero me acuerdo del ritual que se hacía para que el horno estuviera en su temperatura justa, para saberlo se colocaba un trozo de papel en un extremo de una rama, si este se quemaba rápido había que enfriar el horno con bolsas arpilleras mojadas en agua, o dejar abierta un poco la puerta, o sacar el ladrillo de la tronera, todo era un proceso que llevaba horas, pero no había pereza ni quejas lo hacía porque le gustaba la cocina y compartir con la familia el mismo.

Otro plato que heredé de ella es el relleno para las empanadas de carne, dulces con pasas de uvas, aceitunas y huevo y el toque criollo de la grasa de pella y algún otro secretito, no cocino demasiado pero cuando las hago trato de igualar a esas empanadas, las tortas fritas con arrope de tuna, las tortas al rescoldo eran otras delicias para el paladar, así como el locro, el asado también era infaltable, pero en mi casa siempre fue cosa de hombres y aún lo sigue siendo.

De comidas tradicionales puedo nombrar muchas, pero sobretodo yo quiero resaltar el amor, la dedicación y la paciencia que ponían esas dos mujeres, pilares en mi vida, en elaborar todos esos platos y que compartimos en familia y agradecerles infinitamente esa herencia no solo de los sabores, sino de todo el amor que dejaron en esas preparaciones. Mil veces gracias.



Capítulo III

Bienvenidos a la ronda

Por casualidad...

por Gloria Bocco

Pasan cosas extrañas con los objetos que me remiten al recuerdo de momentos lindos, los guardo, los conservo, los recopilo... pero con el tiempo me cuesta volver a ellos, es como si recuperar esos momentos me llenara de añoranza y tristeza.

Sin embargo la alegría y emoción que me causaron están atesoradas en el alma... Por eso mis lindos y sencillos recuerdos están dispersos por la casa en numerosos lugares, sin un orden, algunos aquí, otros allá a la espera de que algún día los encuentre para rescatarlos del olvido.

Palpaba el bolsillo interior de un viejo bolso, que la inquieta y dulce Vera quería para jugar, cuando encontré casualmente, un pequeño rollito de papel amarillento, atado con una cintita roja.

Contenía una corta frase “Gracias por todo profe...” lo firmaba Juan. Entonces una catarata de emociones invadió mi conciencia y retrocedí a muchos años atrás, cuando el que hoy es un joven padre escribió sobre ese trocito de papel el último día de clases, al finalizar su secundario. Cuántos recuerdos se despertaron; consejos, risas, gritos juveniles, reprimendas fuera del aula, para no poner en evidencia al atrevido adolescente que siempre se quedaba con la última palabra...

Apreté en mi puño el amarillento papelito y decidí guardarlo como un valioso tesoro, hasta que otra casualidad lo ponga en mis manos.





Mis amigos los pájaros

por Dominga Gallo

A veces siento que mi vía de escape es la naturaleza, entonces salgo al patio, a la plaza o a caminar por el camino rural. En esos lugares me siento libre y feliz de contemplar lo que ella me brinda. Desde que vivo en esta casa donde hay varios árboles me siento acompañada por esos gigantes silenciosos y nobles que van variando su vestimenta de acuerdo a las estaciones pero lo que más me atrapa es ver esos diminutos, inquietos y simpáticos residentes temporarios : los pájaros.

Imposible describir la alegría que me producen los trinos, en las mañana y al atardecer, de las bandadas que vienen a dormir en los árboles. Mi imaginación comienza a divagar y quisiera conocer ese extraño lenguaje que usan para comunicarse; escuchar sus vivencias, deseos y aventuras; participar de esa algarabía donde los gorjeos se superponen y confunden transformándose en ruido ensordecedor en ocasiones.



Me siento halagada porque muchas de esas aves visitan mi jardín con tanta frecuencia que poco a poco fueron despertando un afecto especial y además mi admiración por ellos. Los más numerosos y bochincheros son sin dudas los gorriones. Ellos van y vienen siempre sin descansar ni detenerse durante mucho tiempo. Son símbolo de alegría y protección pero también pueden simbolizar simplicidad y comunidad. Viven y trabajan juntos; un ejemplo de convivencia por eso los estimo.

Hubo períodos donde los tordos invadieron con su negro plumaje la higuera del vecino, cuyas ramas se extienden hacia mi patio, y amenazantes, en bandadas turbulentas, se apropiaban de los frutos. Seguros y decididos anuncian una esperanza, proyecto o anhelo que se espera realizar. Muestran firmeza para conseguir sus objetivos aunque e veces no son tan apreciados pero a mí me encantan.

Grandes disputas se producían cuando también aparecían los loros. Estos disfrutan picoteando los higos y luego de destrozarlos parten raudamente. Sus plumas se confunden con el verde de las hojas pero por su parloteo se distinguen inmediatamente. Algunos tienen la capacidad de repetir algunas expresiones de los humanos especialmente si han sido domesticados y confían en la persona. Son muy inteligentes y sociables. Los quiero porque suelen ser buena compañía de sus dueños. En mi infancia tuve una lora y lloré cuando se ausentó.

Muy interesantes son los pirinchos. Ellos año a año anidan en el jacarandá. No tienen un canto armonioso pero suelen alertar a sus crías ante peligros o alarmas. Se desplazan en grupo familiar y por su sensibilidad al frío se los ve agrupados y de espalda al sol. Una tarde llegaron a mi casa cinco, muy elegantes con sus plumas caudales muy largas, dos más grandes parecían la pareja y los otros tres más pequeños. Una vista espectacular para mis ojos asombrados. Caminaron el patio juntando pajitas; estuvieron mucho tiempo y luego de varios días comprobé que su nido estaba formado en el jacarandá. Pasó el tiempo y pude observar sus hermosos huevos de color celeste verdoso con pecas blancas. Lo admiro porque es muy sociable, cooperativo y protector de su bandada.



Lo encontré por casualidad... casi me estaba olvidando que lo buscaba

por Zulema Biolatto

Hacía un tiempo me había dado cuenta que me faltaba... y ya no sabía a quién preguntar por él. Primeramente lo hice a mis hijas:

-¿No vieron en algún lugar de mi casa un...?

-No mamá, ya nos preguntaste, NO lo vimos.

Cuando fui a lo de mi amiga, con quien solía salir... también le pregunté... (Creo que más de una vez) y por supuesto tampoco ella lo había encontrado. Se me ocurrió fijarme en la valija que usé en las vacaciones...por ahí, pensé, podía haber quedado semi escondido entre los pliegues del forro y no me había dado cuenta... ¡pero nada!

Me acordé que les mandé a mis nietas unas prendas, y me dije que a lo mejor quedó entre ellas cuando lo perdí, así que en un video llamado que me hicieron también les pregunté:

-Entre esas cosas ¿no encontraron... que se me perdió?

-¡Abuela estás monotemática! ¡Ya nos dijo mamá que te compra todos de nuevo y que termines con esa historia!

Pero no me convencía tener que cambiarlos a todos, eran originales y no iba a quedar bien.

Hice un último intento y subí una foto al Facebook para mis amigos, recomendándoles lo compartieran...sin resultados.

Pasaron unos días y casi me había olvidado del asunto hasta que hoy, cuando moví el sofá cama que tengo en mi dormitorio porque se me había caído una revista detrás, se corrió el almohadón cerca del respaldar y ...¡Encontré el botón de la camisa que tanto había buscado!.



El perro de Mario

por Lea Bogliotti

Este relato es verídico.

De vez en cuando mi mente vuela y encuentra recuerdos. Los buenos recuerdos nos ayudan a vivir, a seguir adelante.

De pronto acude a mí la imagen de un perro. Lo vi por primera vez un domingo cuando fui a misa, estaba en la puerta de la iglesia, no le presté demasiada atención porque había llegado tarde y ya había empezado la misa. Al domingo siguiente llegué a la iglesia y me senté, no recuerdo bien, en la tercera o cuarta fila. De pronto sentí el ruido de un trípode, en el cual se apoyaba un hombre que tenía cierta dificultad para caminar y cuán grande fue mi sorpresa al ver que estaba acompañado por este perro.

Cuando su dueño se ubicó en el banco él se retiró y se fue al umbral de la puerta de la iglesia y así sucesivamente cada domingo. ¡Y con qué ansiedad lo esperaba, cuánta ternura había en sus ojos brillantes!

Así fue transcurriendo el tiempo, pero un día Mario –así se llamaba su dueño- falleció. Desde ese momento lo llamé “el perro de Mario”.

Este siguió haciéndose presente cada domingo, haciendo su recorrido y observando detenidamente a cada uno, pero “su amo” no estaba. ¡Cuánta tristeza en su mirada! Ya sus ojos no brillaban más.

Nos sorprendió cuándo formábamos fila para tomar la comunión, él también se hizo presente, un señor quiso que se retirara, pero el sacerdote dijo: “déjenlo”, por lo que el perro continuó en la fila y luego se retiró. Esto fue por muy poco tiempo. La tristeza de la ausencia de su “amo” pudo más. El perro de Mario había muerto.

Eso me hace reflexionar y me pregunto ¿nosotros los humanos qué...? Cuánta verdad en el dicho “el perro es el mejor amigo del hombre”, pero siempre y cuando el hombre tenga sus mismos valores.



Recuerdos

por Petrona Bustos

Limpiando y acomodando cajas de su ropero se encontró por casualidad con muchas cosas que eran de su mamá, que la transportaron hasta la casa de su infancia y al patio, con sus plantas de mandarinas y naranjas.

Su emoción era profunda, hasta las lágrimas, porque era muy compañera con su mamá, hablaban y tomaban mates todo el día.

Se reían mucho porque ella le decía “aprendé a hacer todas las cosas de la casa -por ejemplo cocinar, coser, limpiar muy bien tu casa- porque si no tu marido te va a devolver, y yo devuelta no te quiero”.

Se río y lloró todo al mismo tiempo, recordando esos momentos que no volverán...

Tía Catalina

por Gloria Bocco

El día que la tía Catalina no encontró su sombrilla después de poner todo patas para arriba, una sensación de tragedia nos envolvió. No se dejó rincón sin revisar, pero...nada, no aparecía. Todos estábamos sorprendidos porque la imprescindible sombrilla amarilla funcionaba como un tercer brazo para la tía, nunca se separaron. Los días de verano le protegía su blanca piel de los rayos de sol, en invierno servía como rompe vientos, los días de lluvia, obviamente era usada como paraguas, y todos los días, servía como bastón, como extensión de su brazo, como gancho atrapa niños traviesos, y en algunos casos fue también defensa personal contra inescrupulosos que quisieron aprovecharse de la anciana, creyéndola desprevenida.

Su costumbre de salir con ella a todos lados provenía de sus años juveniles, cuando era un artículo indispensable para las damas de la época, y aunque la tía era una muchacha trabajadora, tomó el hábito de su adinerada patrona, que insistía para que la usara, para no salir a la calle acompañada por una persona demasiado vulgar.

La sombrilla se la había regalado la exigente mujer como premio a todos los años que se dedicó a servirla. Y la tía estaba muy orgullosa de la valiosa y dedicada recompensa.

Cuando comenzó a caer la tarde y no apareció por ningún lado, nadie sabía qué hacer, varios de sus sobrinos le ofrecimos nuestros propios paraguas, pero la idea fue rechazada inmediatamente. Ella quería lo que había perdido en algún lugar de los tantos que había recorrido ese día y que ahora era difícil recordar. Decidimos reunirnos en su casa, con ánimo de ayudar y consolar. Nos acomodamos en la cocina y con paciencia y tratando de transmitir sosiego intentamos reconstruir cómo había sido su jornada desde principios del día.

Había hecho los mandados, cuando salió de la despensa a media mañana recordaba haber usado la sombrilla como bastón para equilibrar su cuerpo con el peso de la bolsa, luego pasó por la iglesia para rezar sus oraciones, y allí la usó para enganchar el rosario cuando se le cayó al suelo, pasó después a tomar mates de Clarita, la vecina que tenía a su hijito afiebrado, y la usó haciéndola girar con varios juguetes adentro, para que el chiquilín se distrajera y tomara los remedios sin protestar, luego la cerró... y se fue a la cocina a devolver el mate. Desde allí regresó a su casa charlando con Don Alfonso, que le avisó que la achicoria de su quinta estaba lista para cortar; después se puso a preparar el almuerzo y cuando se levantó de la siesta y la necesitó para sacar las cajas de hilos para remendar, que estaba en el último estante de la alacena, no la encontró. Qué horror la embargó, le faltaba lo indispensable.



¿Cómo iba ella a conciliar el sueño esa noche? si cuando se iba a dormir la apoyaba al lado de la mesa de luz y si necesitaba levantarse, la insustituible sombrilla le servía de sostén... Hasta que no apareciera se iba a quedar sentada en su mecedora, porque no podría dormir, además pensaba y pensaba en que manos estaría su inseparable compañera. Todos estábamos preocupados y sin saber qué hacer.

Por suerte, algo inesperado ocurrió cuando impetuosamente entró en la casa Clarita, tenía las mejillas sonrosadas y la respiración entrecortada, pidiendo disculpas se acercó a la tía Cata y le entregó su indispensable sombrilla, explicando que su pequeñito la había guardado con sus juguetes más queridos, sin saber que era tan importante para nuestra tía.

Inmediatamente retornó la tranquilidad para todos nosotros, que estábamos cayendo en la desesperación, y la tía con un suspiro de alivio, nos agradeció nuestras buenas intenciones, tomó su sombrilla y nos anunció que era hora de ir a descansar.

Ahí estaban, como siempre...

por Zulema Biolatto

Cuando el sol se filtra por las hendijas de la ventana y dan sobre mi almohada, es la hora en que me despierto... hoy el día está nublado. Siento que a mi teléfono llega un wasap y busco sobre la mesita de luz mis anteojos...no están.



Los busco alrededor de la misma y hasta debajo de la cama sin resultado, ¿dónde los habré puesto? Antes de dormir miré una película y los usé... desistí de la búsqueda y me fijo en el teléfono para ver el mensaje. ¿Ver? sólo el círculo verde y al apretarlo una serie de puntos rayas y dibujos completamente ilegibles...

Lo dejo y me voy hacia el baño con la idea de higienizarme y lavarme la cabeza, busco el champú y el acondicionador: la misma marca, el mismo color de envase ¿cuál es cuál?, comienzo con uno al azar y por supuesto era el acondicionador, tuve que repetir la acción.

Me dispongo a prepararme el desayuno y ¡oh sorpresa! el frasco en el que tengo el café instantáneo y el cacao son iguales...terminé tomando una leche chocolatada cuando en realidad quería un café con leche.
En eso llega una de mis nietas

-Abuela ¿me explicás esto de geografía que no entiendo?
-Por favor leelo vos y vemos de qué se trata, le dije.

Terminamos con eso y me preguntó: -¿Podés pegarme el botón del pantalón que se me salió? Tomá la aguja y el hilo para que la enhebres...ahí me entró la desesperación y quería decir con énfasis... ¡basta que no puedo sin anteojos! La voz no me salió, pero escuché la de mi hija que me decía:
-Mami ¡son las nueve y media! ¿te quedaste dormida? Me desperté desorientada y lo primero que hice fue mirar hacia la mesita de luz: ahí estaban, como siempre, mis anteojos.

¡Qué escándalo!

por Petrona Bustos

Una noche tranquila con mi hija Ana, ya habíamos cenado y nos estábamos riendo de lo feo que cantaban en un programa de la tele. Nos tomamos el té, como todas las noches y Ana me dice:
- Vamos a dormir porque hace mucho frío,
- Vamos, le dije.

Me preparaba para acostarme, siempre leo un poco y después “chusmeo” el celular y me duermo. Soy muy fácil para dormirme, gracias a Dios. Cuando estaba por acomodarme para leer, siento un ruido.

-Es Mina –mi gata- que entró, me dije. Pero le vi solamente la cola y nada más. Me llamó la atención que iba de un lado para el otro por lo que la seguí con la mirada y vi que tenía algo negro en su boca. Me asusté y pensé: ¡es un murciélago! Y me levanté rápido para ver mejor.

No era un murciélago, era un pájaro negro, pero yo estaba asustada y empecé a decirle: -¡Fuera, fuera!



Mina se metió debajo de mi cama. Busqué un palo y la corrí de mi habitación y se fue a la cocina. Pero se ve que yo no la corrí bien para que salga y seguía con el palo en la mano de un lado para el otro y la gata se fue de nuevo al dormitorio. Ana estaba acostada, tan tentada de risa que no podía ayudarme.

Pobre mi perro Rocco, que estaba acostado conmigo, se asustó y salió corriendo de la casa y Capitán –mi otro perro- también asustado, corría adelante mío, y casi me hace caer.

Mina estaba muy enojada y finalmente dejó el pájaro. Lo saqué afuera y cerré la ventana para que la gata no saliera otra vez. Llamaba a Roco que estaba afuera y no quería entrar por nada, del susto que tenía. Ana salió y lo buscó, mientras me miraba se reía a carcajadas y me decía:
- ¡Qué escándalo por un pájaro negro!

Odisea

por María Ángela Pérez

Cuando algo nos falta allí caemos en la cuenta del valor que tiene realmente y eso es lo que sucedió hace un tiempo con la electricidad.

El corte fue abrupto y de buenas a primeras nos encontramos sin energía eléctrica, lo primero que pensamos es que era por corto tiempo, que pronto nos devolverían la electricidad, pero no fue así.

Era un día de verano y el calor era intenso. Desde ese momento comenzó una verdadera odisea para poder comer, dormir, higienizarnos etc.

Para empezar buscamos dentro de los cajones velas para usar como lumbre, si bien en verano oscurece más tarde igualmente las necesitaríamos, también me acordé de una vieja lámpara a querosén y la pusimos en uso.

Un viejo reloj a cuerda nos sirvió para saber la hora. Lo más duro fue la comida, con la cocción no hubo problema porque la cocina era a gas, el problema fue su conservación y por esos días nos alimentábamos con verduras y frutas, no había carne de ninguna especie porque no había forma de conservarla fresca.



El agua nos la proveíamos de un molino de agua cercano al pueblo pero era bastante escasa, ese también fue otro gran problema.

Para dormir un poco más frescos, sacamos los colchones a una galería y allí los mosquitos se hacían un festín. Ni hablar de la falta de comunicación, sin televisión, sin celulares etc. etc., pasamos esos días con algún juego de mesa que encontramos.

Esta prueba a nuestra resistencia duró casi cuatro días, volvimos a la normalidad de vivir con energía eléctrica, y aquí debemos agradecer a nuestros abuelos y bisabuelos que nos dejaron algún legado para saber vivir sin ella, de vivir en un pueblo porque en una ciudad diría que es casi imposible sobrevivir y por último una reflexión: debemos usar la energía eléctrica junto con el agua en forma racional, y conocer que en nuestro país hay muchas zonas donde falta y por lo tanto es imposible el progreso en esos lugares.

Reminiscencias escolares

por Dominga Gallo

La escuela, lugar emblemático donde todos los niños aprenden a convivir con sus diferencias y particularidades.

Como alumna vienen a mi memoria recuerdos tiernos y felices. Para asistir a clase por la mañana, me levantaba temprano, desayunaba con mi papá mientras él me tomaba la lección diaria, revisaba por última vez mi cuaderno y comprobaba si tenía todos los elementos necesarios para trabajar ese día. Era mortificante olvidarlos.

Salía contenta; pasaba a buscar a mi amiga y caminábamos al colegio y cuando se hacía tarde corríamos ansiosas. La puntualidad era un deber.
El toque de campana llamaba a formar, tomando distancia. Se izaba la bandera en posición firme, cantando. La directora saludaba y todos respondían al unísono para pasar finalmente al aula según el grado correspondiente. Se esperaba la entrada de la maestra en silencio, para saludarla también, y después nos sentábamos con su autorización. Para dirigirnos a ella levantábamos la mano y si lo permitía nos poníamos de pie. La maestra era la autoridad, sinónimo de capacidad y respeto.

Nos gustaba saber, aprender y lo hacíamos con entusiasmo y prolijidad. Todo era un desafío: cálculos matemáticos, problemas que debían ser presentados con planteo, desarrollo y respuesta; redacciones y dictados donde cada error era considerado un punto menos de diez; lecturas y lecciones diarias frente a toda la clase. No saberlas o no haber estudiado era vergonzoso.

Lógicamente que también disfrutábamos los recreos con sus juegos, rondas, carreras pero al sonido de la campana corríamos al baño a lavarnos las manos y la cara, si estábamos acaloradas, para entrar presentables al aula. La higiene y presencia era muy importante.

Hoy, ya lejos del ámbito escolar estas conductas se mantienen pero también es justo reconocer que algunas se han flexibilizado.

Rescato el acompañamiento de mis padres en mis primeros pasos y con ello la responsabilidad que me inculcaron para llevar a cabo acciones tomándolas con seriedad para que sean lo más correctas posible.

No menos importante es la organización en tiempo y forma de todo emprendimiento que se desea realizar porque aprendí que contribuye a la eficacia y efectividad de la obra. Tampoco puedo olvidar el cuidado del medio ambiente para lograr la sustentabilidad de sus recursos.

Otro valor que descubrí es el trabajo en grupo, multidisciplinario, integral que permite una visión holística y mucho más creativa de una labor. Aquí surge el respeto a las diferencias y a la interacción haciendo todo más accesible y productivo.

En otro orden de cosas el docente hoy es facilitador de saberes y su rol es el de brindar herramientas para despertar el gusto por el aprendizaje porque todos tenemos demasiados estímulos que distraen nuestra atención. Siempre hay algo por conocer pero lo que nunca debe faltar es el respeto hacia su figura.

Finalmente considero que en todos los ámbitos lo que debe priorizarse es el afecto y la solidaridad porque demostrado está que la inteligencia emocional es la que nos guía el pensamiento y la conducta para adaptarnos al ambiente y obtener logros.

Sería interminable enumerar lo aprendido. Muchas son las cosas que la vida me enseñó. Algunas domésticas como cocinar, lavar, planchar o limpiar tan dignas como cualquier otra pero sin dudas la más hermosa y bendecida fue la de ser madre.



Aprendizajes

por Gloria Bocco

Cumplí cinco años y mis padres consideraron que era hora de comenzar el proceso de escolarización y especialmente de socialización e intercambio con niños de mi edad, así que me matricularon en el jardín de infantes del colegio Santa Teresita.

Cuánta angustia significó desprenderme unas horas del hogar para relacionarme con desconocidos. Cuando después de almorzar, de la mano de mi madre caminábamos las dos cuadras que separaban mi casa del colegio, la tristeza me inundaba. En casa quedaban todos, mi nona, mis dos hermanos que durante la mañana cursaban la secundaria, y mi mamá. Todas las mañanas, cuando me acordaba de mi obligación de ir al jardín, anunciaba…"hoy no voy, mañana sí"….pero no servía de mucho…y la frase quedó como anécdota para el resto de mi vida…

Esa primera separación de mis más grandes afectos, marcó mi vida. Durante muchísimo tiempo, siendo ya adulta, seguía asociando el olor de los útiles escolares con la misma tristeza de esos días.

A pesar de la pesadumbre que experimenté durante los primeros años de primaria, honesto es reconocer que durante esa etapa adquirí los conocimientos fundamentales y las herramientas que me sirvieron y sirven para desempeñarme en la vida. También descubrí cómo es el mundo fuera de casa. Me percaté bruscamente acerca de la diversidad, viendo compañeros que vivían otras realidades, a algunos les faltaban uno de sus padres, otros sobrellevaban situaciones económicas difíciles o eran mayores que el resto y no podían integrarse. También descubrí el significado de la responsabilidad y que cada uno debe asumir sus obligaciones, para no perjudicar a nadie.

La etapa del secundario fue mucho más feliz, no me gustaba faltar, para no perderme nada de lo que ocurría entre mis compañeros. Disfruté enormemente y entre letras, números y ciencias, aprendí el significado de la amistad y la camaradería. El olor particular que detectaba en los útiles aún influía en mí, pero no era tan dramático como antes.

Y cuando llegó la hora de seguir estudiando, por circunstancias inesperadas y difíciles elegí el profesorado de Historia, que se cursaba no muy lejos del pueblo. Yo misma planifiqué mi vida laboral dentro de una escuela...
Los aprendizajes más significativos dentro de la órbita profesional los recibí en las instituciones escolares. Como alumna primero y como docente después, como compañera de otros niños primero y de pares profesionales después. Trabajando en diferentes instituciones conocí gente, descubrí nuevas amistades, templé el espíritu...

Siempre se aprende, constantemente, en todas las circunstancias que debamos atravesar, fáciles o difíciles, agradables o dolorosas, siendo niños o adultos.

Con mucha vida recorrida... creo que el secreto de los mejores aprendizajes sea tal vez cuando se pueden o se saben procesar las experiencias vividas.





La sirena de Manfrey

por Lea Bogliotti

Cada mañana se escucha
La sirena de Manfrey
Suena con alegría
Para los trabajadores
Que ganan allí su sustento diario.
Para otros, solo anuncia un día más
Inmersos en su desesperanza,
Desánimo y mal humor.

¿Qué pasó Argentina mía?
Tanta violencia en las calles,
Donde todo nos agobia.
A algunos la falta de trabajo
A otros los oprime la pandemia.

Trato de sobrevivir en este encierro,
Haciendo cosas para pasar el tiempo,
Ansiando el momento
De reunión con mi familia

Para compartir con los
Seres que más quiero,
Especialmente los más
Pequeños, mis bisnietos.
Con abrazos, sonrisas y ocurrencias,
Me dan muestras de su cariño.
Son el bálsamo que me da la vida,
Lo que me reconforta en todo momento.

Les pido a todos, desde mi
Humilde lugar,
No bajemos los brazos, nada
Está perdido para siempre,
Saldremos adelante...

Que la sirena de cada mañana
De esta empresa, orgullo de Argentina,
Siga estando presente
En nuestra comunidad,
Anunciando un nuevo día.

Y entre todos, unidos
Construiremos un gran manto
Y en él nos cobijaremos
A compartir las alegrías
Y a celebrar nuestros éxitos.